

Impertinencias y curiosidades

¿Qué dolencia o flaqueza le preocupa?

La repentina ceguera que sufrí y a la que me he ido acostumbrando, porque tengo casi perdido el ojo derecho. Duré una semana en la más aterradora oscuridad; fue hace cuatro años, y todavía tiemblo al revivir esa desesperación. He estado en manos de los mejores médicos y todavía no se ponen de acuerdo sobre la causa de mi enfermedad. Leo con lupas, y ahora trabajo con un amplificador de imagen que la Universidad me compró en Nueva York. Otra flaqueza que me agobia es sentir que he ido perdiendo la memoria para los nombres propios y para algunas palabras, que olvido intempestivamente. Para remediarlo estoy elaborando un diccionario personal con palabras que dejé de usar y que me parecen imprescindibles por bellas, por eficaces, por oportunas. Es un diccionario de recuperación. Mire usted lo que estoy haciendo.

*

Me entrega entusiasmado una pequeña libreta manuscrita, que consulto divertido porque es un listado de palabras sin definiciones, de sustantivos y adjetivos sin significados. No es un

diccionario, es un directorio de palabras que quiere revivir sin enredarse con sus definiciones. Una tarea colegial que lo retrata disciplinado y presumido. En la A su diccionario de recuperación tiene un centenar de palabras tan disímiles como almibarado y aberrante, avilantez, arúspice, aplebeyar y advenedizo. Con la O no quiere recordar orgasmo, pero sí orgía, onomatopeya y ordalía. Con la F, filibustero, flamboyante y fúlgido. Le interesa volver a utilizar hedónico, hierofante e histriónico; lo mismo que panegírico, premonitorio y paradójico. Finaliza con escasos adjetivos y un verbo para las consonantes últimas: ufanarse, ufanía, vociferar y voluptuosidad. Para terminar con la solitaria zeta de zahumerio.

Los diccionarios son una de sus debilidades bibliográficas; en la donación que le hiciera a la Universidad hay 137 en distintos idiomas. Le preocupa la higiene del lenguaje y se ufana de ser un adjetivador meticuloso.

Para definirlo me dijeron: inteligente, culto, autoritario, sicorrígido, generoso y neurasténico. ¿Cuáles admite como válidos?

Todo eso puede ser cierto y acaso falte algo más en la lista.

¿Anacoreta o hedonista, tímido o prepotente?

– Tímido, sin duda alguna.

*Hay dos países distantes y distintos que lo marcan,
Ecuador y Alemania, ¿Qué le queda de ellos todavía?*

El Ecuador es mi segunda patria, afectiva e intelectualmente. Al Instituto Nacional Mejía, fundado por Eloy Alfaro, le debo mi apertura feliz hacia las libertades del espíritu: el auténtico liberalismo. El otro escenario intelectual –Alemania– me ofreció el colosal horizonte expandido de Kant: “Ten el valor de servirte de tu propia razón”; de Goethe: “Sólo merecen la vida y la libertad los que tienen que conquistarlas día a día”; y de Federico Nietzsche: “Lo que no me hace morir me hace más fuerte”, y mi Ludwig van Beethoven. Me estremece de júbilo su novena sinfonía. El canciller Willy Brandt –jefe del gobierno– me honró con su grata, cordial amistad. Me recibió para despedirme de regreso a Colombia y me obsequió su retrato enmarcado: ¡Qué grande personalidad del siglo XX!

¿Qué lo emociona?

Todo lo que la naturaleza humana ha creado en beneficio y satisfacción de su destino terrenal. En todo este contexto hay un “principio” sobresaliente, imponente, que domina mi concepto sobre la existencia humana: la libertad.

¿Y qué lo enoja?

Todo lo que también la naturaleza humana haya envilecido y haya de envilecer, como los despotismos y las guerras.

¿Algo lo entristece?

Sí, me acompaña tristemente la injusta suerte de las familias y seres roídos implacablemente por la miseria económica, cultural y la discriminación social.

¿Qué admira?

La inteligencia brillante y creadora. Vienen a mi mente –en tropel súbito– Aristóteles, los geniales trágicos griegos, el emperador Federico Segundo de Suabia, que al inicio del segundo milenio se le enfrentó a implacables, totalitarios pontífices, Leonardo Da Vinci, Nicolás Maquiavelo, Donato Giannotti, los filósofos liberales ingleses, Montesquieu, Beethoven, el “Catilina” de Ibsen, los atrevimientos insólitos de Nietzsche, la genial intuición de Einstein, el “If” de Kipling, el compungido micropoema del poeta ruso: “Para qué llorar las rosas cuando ya el bosque está en llamas”.

¿Qué elegiría entre anarquía y despotismo?

Cultivo un íntimo sentimiento repulsivo hacia todo lo que son autoridad y autoritarismo. Preferiría la anarquía. Y no soy el único que así también piensa.

¿Nostalgias?

No haber podido estudiar la profesión de ingeniero de ferrocarriles y carreteras de Colombia.

¿Proyectos?

Un libro en marcha sobre *Evolución político-constitucional en el siglo XX colombiano*, y una segunda edición, muy ampliada, del libro *Constituyentes y constitucionalistas del siglo XIX*. Si me alcanzaran los días, emprendería la *Teoría del Estado colombiano* de que hemos hablado tanto, para aprovechar materiales que tengo recolectados.

¿Algunas debilidades crónicas...?

La música –excepto la dodecafónica– y la poesía son como el jardín de expansión emocional de mi espíritu. Picasso me concentra y sorprende. Tengo un ídolo en el Louvre: *El Radeau de La Meduse*, de Géricault.

Confesiones e indulgencias

Calculé una entrevista de cinco o seis cuartillas, con un perfil a mano alzada, algunas impertinencias y un final amable, para compensar. Imaginé que serían suficientes dos charlas, averiguaciones y la lectura de algún texto suyo para completar la semblanza de un interlocutor que me pintaron insufrible. “Antes de terminar el mes habré terminado esta tarea”, me prometí cuando le hice la primera pregunta. Esa petulancia ya cumplió seis meses y no he podido armar un centenar de cuartillas de cintas desgrabadas, sin contar los anexos con documentos y apuntes. Parece que el profesor Restrepo Piedrahita me hubiera designado su redactor testamentario y yo hubiera aceptado complacido de tener un motivo para seguir haciéndole visita.

Me sorprendió desde el primer encuentro cuando empezó a contarme la versión dolorosa de su infancia, entre penurias y abandonos, sin omitir detalles ni referencias tristes. Me habían advertido que ese era uno de sus tantos asuntos prohibidos. Supe que había encontrado una cantera que ameritaba distinto tratamiento y comencé a esculcar en otras fuentes. Hice una lista de amigos y de críticos, de aduladores y enemigos, de profesores y discípulos, y empecé a entrevistarlos. Con esos testimonios el diálogo se amplió sin objetar indiscreciones, ni señalar territorios vedados a mi curiosidad. Ni en los momentos más difíciles, cuando la voz se le quebró, me pidió que dejara de grabar o de tomar

apuntes. No se descompone con facilidad y si decae reacciona vigorosamente, apoyado en su sentido del humor que le permite reír a carcajadas, contrariando el indicio de su cara de palo. Empezaba entonces a recuperarse de una de sus crisis emocionales más severas, cuando pensó que despertaba incómodo de una noche muy larga, para no admitir que estaba ciego. Muchas visitas se le fueron contándome el proceso de clínicas, exámenes y médicos, para concluir con los festejos cuando logró leer con lupa los abultados titulares de *El Tiempo*. Hicimos un receso cuando viajó a Nueva York a confirmar diagnósticos y buscar soluciones. Regresó entusiasmado con un ampliador de imágenes que prometieron enviarle y ahora le permite reanudar los trabajos pendientes. Nunca tuvimos una agenda precisa, en cada reunión señalábamos la próxima, descontando recreos por sus paseos internacionales y mis breves ausencias domésticas. Al regreso me hablaba de Berlín, París, Madrid o Nueva York, y yo envidioso le contaba de Cúcuta, Medellín o Cali.

Entre tareas y recreos fue creciendo mi archivo de diálogos, apuntes y textos. Cada nueva información traía los interrogantes que cambiaban el ritmo del interrogatorio: de la respuesta altanera con la voz cortante a la risueña explicación de una glosa en su trayectoria de investigador, educador y tratadista. Ese fue un tema que eludimos por extenso: sus publicaciones y proyectos editoriales. Para remendar ese vacío le pedí que escogiera las obras de que se sentía más orgulloso, y respondió sin titubeos:

“Los cinco tomos de las *Constituciones de la primera República liberal*, una labor de averiguación y consecución de veinte años escarbando documentos y archivos. Los dos primeros contienen la casi totalidad de las constituciones provinciales en el régimen de la Constitución de 1853, precedidas de un ensayo mío de 231 páginas. Los tres restantes contienen las constituciones regionales en el sistema de las Constituciones de 1858 y 1863, de los regímenes confederal y federal, con otro ensayo mío de 267 páginas. Estas constituciones habían sido ignoradas por las grandes historiadores Pombo, Guerra y Diego Uribe Vargas. El expresidente López Michelsen, en excesivo raptó intelectual, me calificó como el Momsen del constitucionalismo colombiano y durante el Simposio Internacional sobre Derecho del Estado, que se celebrara en homenaje mío, en mayo de 1993, dijera textualmente:

Profeso por el doctor Restrepo Piedrahita la misma admiración que nacionales y extranjeros han expresado en este recinto, pero con una ventaja: la de que el doctor Restrepo Piedrahita fue mi alumno en la Facultad Nacional de Derecho y posteriormente yo he sido su discípulo.

“Me enorgullece también el empeño en recordar a los principales autores colombianos de libros de derecho constitucional publicados en el siglo XIX. Lo hice en el prólogo a la reedición de la obra de Pombo y Guerra en 1986, para

conmemorar el centenario de la Constitución de 1886. Es un tema en el que sigo trabajando. Destaco por igual mi discurso de clausura del 'Coloquio Iberoamericano de Derecho Constitucional', en Roma, en la primavera de 1980, cuando me desempeñaba como embajador en Italia y planteé la tesis del presidencialismo latinoamericano como una modalidad de la cultura barroca de la región; que varios autores han acogido con entusiasmo".

El sociólogo Gonzalo Cataño lo dijo con otras palabras: "El rescate de los constitucionalistas colombianos es de las contribuciones más originales de Carlos Restrepo Piedrahita. Ha sido el primero en ocuparse de los críticos y glosadores de las Cartas del siglo XIX, no sólo de los redactores, sino de los autores de los proyectos, gestores de las reformas, críticos y tratadistas de las constituciones. Es una dimensión más ambiciosa que permite la exégesis más completa del contenido y alcance de las normas, de las motivaciones y conflictos que acompañaron los acuerdos finales de la legislación. En sus obras encontramos materia de interés para otras disciplinas: la sociología, la ciencia política, la historia comparada. Los analistas de la legislación que rescata Carlos Restrepo Piedrahita eran ante todo juristas, pero se asocian con pensadores contemporáneos interesados en los problemas sociales del país".

Con este merecido reconocimiento regreso al personaje cotidiano, al caballero liberal de impecables modales donde

conviven el erudito profesor y el inquieto estudiante, con manías de militar jubilado: riguroso, ordenado y recursivo, como su guardarropas, donde sus 15 vestidos se alinean por colores, sus sesenta corbatines por tonalidades y sus diecinueve chaquetas por combinaciones. Ahora que le fallan los ojos, una leyenda grande identifica cada una de las prendas de su vestuario: del beige intenso al negro nocturno pasando por el gris liviano, que intercala con chaquetas a rayas o cuadros, con los correspondientes zapatos, medias, camisas, corbatines y mancornas, que no desentonen con su loción para después de la afeitada.

Cuando le comenté a Camilo Calderón que el reportaje no rendía, porque mezclaba lecturas y experiencias, anécdotas y músicas, nostalgias y proyectos, me reclamó que no fuera desagradecido, que el personaje daba para un libro. Lo confirman los materiales disponibles pero no descartables que tuve que podar para dejar liviano el reportaje.

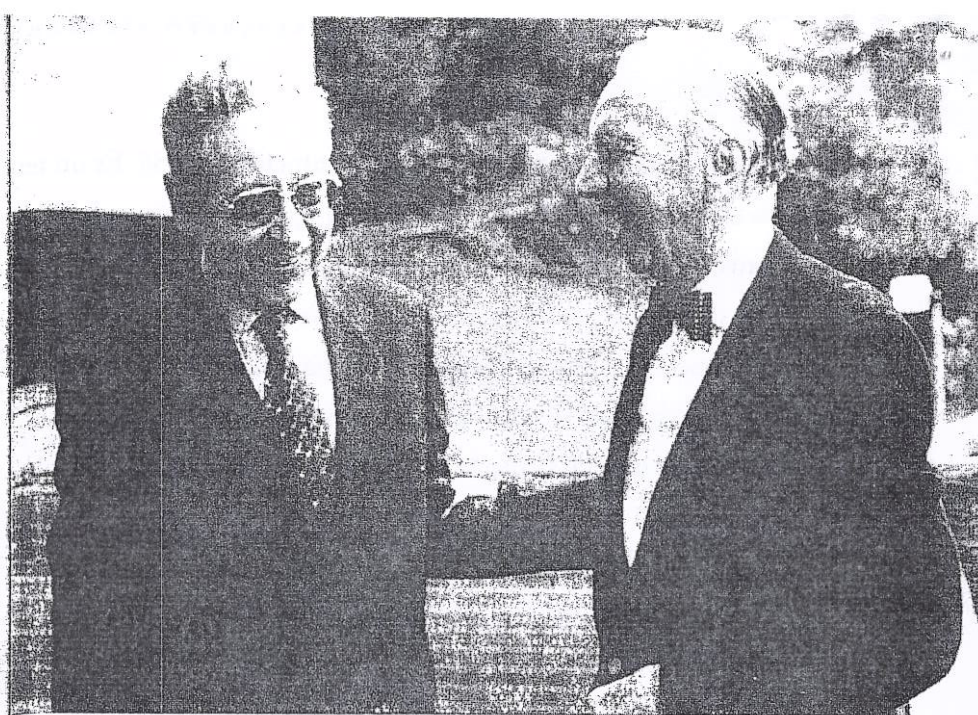
Reitero mis agradecimientos a Fernando Hinestrosa, Luis Villar Borda, Jairo Rivera, Emilssen de Cancino, Sandra Morelli, Humberto Sierra y Luis Alberto Chavarro. Otros entrevistados me pidieron reserva y alguno tuvo la arrogancia de exigirme un cuestionario escrito; me negué, por supuesto, ni que fuera su confidente, descartado como está que tampoco ha sido su confesor, porque esa posibilidad se la negó él, cuando "renunció al soborno del cielo", como dijera Stefan Zweig, para referirse a los incrédulos.

Omito confidencias de su juventud desordenada, “de ados diuréticos y eróticos”, de sus amores y de sus matrimonios, otros que no considero relevantes. Otros hubieran merecido título especial, como su memoria, su caprichosa soledad, su vida ascética y disciplinada y sus chistes explícitos y antiguos.

Estos capotazos son una confesión: me desafiaron con un toro de casta, y como veterano no resistí la tentación de intentar unos quites que entusiasmaran al público, sin ponerme en peligro. Una faena breve pero vistosa, sin hundir la pica ni repetir banderillas. Así es la lidia usual del reportero con personajes mansos. Si no embisten la entrevista fracasa, y se escribe pero no se publica.

Lo normal es que el toro claudique, porque lidiar es más fácil que embestir. Pocas veces al reportero lo derrota el toro. Admito que recogí el capote porque Carlos Restrepo Piedrahita sigue brioso en el ruedo, entero después de muchos tercios. A este personaje le faltó torero.

*



CON FERNANDO HINESTROSA 1999